

En cuentas entró consigo,
Y por fin escarmentó:
Tambien yo lo suponía,
Pero, amigo, nada de eso,
Porque aquel clérigo obeso
Que esta historia me contó.

Me juró, como hombre honrado
Que habia despues sabido
Que este Don Juan, perseguido
Por la justicia otra vez,
Se escapó con su tesoro,
Y volvió á su antigua vida,
Gastando en Francia su oro
Con bizarra esplendidez.

¿Y sabes lo que me dijo
Aquel venerable anciano
Apretándome la mano
Acabado el cuento ya?
Pues me dijo aquel buen viejo.
;O lector de mis entrañas!
Que á quien tiene malas mañas...
El refran se lo dirá.

A BUEN JUEZ MEJOR TESTIGO.

TRADICION DE TOLEDO.

Entre pardos nubarrones
Pasando la blanca luna,
Con resplandor fugitivo,
La baja tierra no alumbrá.
La brisa con frescas alas
Juguetona no murmura,
Y las veletas no giran
Entre la cruz y la cúpula.
Tal vez un pálido rayo
La opaca atmósfera cruza,
Y unas en otras las sombras
Confundidas se dibujan.
Las almenas de las torres
Un momento se columbran,
Como lanzas de soldados
Apostados en la altura.
Reverberan los cristales
La trémula llama turbia,
Y un instante entre las rocas
Riela la fuente oculta.
Los álamos de la vega
Parecen en la espesura
De fantasmas apiñados

Medrosa y gigante turba;
Y alguna vez desprendida
Gotea pesada lluvia,
Que no despierta á quien duerme,
Ni á quien medita importuna.
Yace Toledo en el sueño
Entre las sombras confusa,
Y el Tajo á sus piés pasando
Con pardos ondas lo arrulla.
El monótono murmullo
Sonar perdido se escucha,
Cual si por las hondas calles
Hirviera del mar la espuma.
¡Qué dulce es dormir en calma
Cuando á lo léjos susurran
Los álamos que se mecen,
Las aguas que se derrumban!
Se sueñan bellos fantasmas
Que el sueño del triste endulzan,
Y en tanto que sueña el triste,
No le aqueja su amargura.

Tan en calma y tan sombría
Como la noche que enluta
La esquina en que desemboca
Una callejuela oculta,
Se ve de un hombre que aguarda
La vigilante figura,
Y tan á la sombra vela
Que entre las sombras se ofusca.
Frente por frente á sus ojos
Un balcon á poca altura
Deja escapar por los vidrios
La luz que dentro le alumbra;
Mas ni en el claro aposento,
Ni en la callejuela oscura

El silencio de la noche
Rumor sospechoso turba.
Pasó así tan largo tiempo,
Que pudiera haberse duda
De si es hombre, ó solamente
Medita ilusion nocturna;
Pero es hombre, y bien se ve,
Porque con planta segura
Ganando el centro á la calle
Resuelto y audaz pregunta:
— ¿Quién va! — Y á corta distancia
El igual compas se escucha
De un caballo que sacude
Las sonoras herraduras.
¿Quién va? repite, y cercana
Otra voz ménos robusta
Responde: — Un hidalgo, — ¡Calle!
Y el paso el bulto apresura.
— Téngase el hidalgo, — el hombre
Replica, y la espada empuña.
— Ved más bien si me haréis calle
(Repitieron con medida)
Que hasta hoy á nadie se tuvo
Ibán de Vargas y Acuña.
— Pase el Acuña y perdone: —
Dijo el mozo en faz de fuga,
Pues teniéndose el embozo
Sopla un silbato, y se oculta.
Paró el jinete á una puerta,
Y con precaucion difusa
Salió una niña al balcon
Que llama inferior alumbra,
— ¡Mi padre! — clamó en voz baja:
Y el viejo en la cerradura
Metió en la lave pidiendo

A sus gentes que le acudan.
Un negro por ambas bridas
Tomó la cabalgadura,
Cerróse detras la puerta
Y quedó la calle muda.
En esto desde el balcón,
Como quien tal acostumbra,
Un mancebo por las rejas
De la calle se asegura.
Asió el brazo al que apostado
Hizo cara á Ibán de Acuña,
Y huyeron en el embozo
Velando la catadura.

II.

Clara, apacible y serena
Pasa la siguiente tarde,
Y el sol tocando su ocaso
Apaga su luz gigante :
Se ve la imperial Toledo
Dorada por los remates,
Como una ciudad de grana
Coronada de cristales.
El Tajo por entré rocas
Sus anchos cimientos lame,
Dibujando en las arenas
Las ondas con que las bate
Y la ciudad se retrata
En las ondas desiguales,
Como en prendas de que el río
Tan afanoso la bañe.
A lo léjos en la vega
Tiende galan por sus márgenes,
De sus álamos y huertos

El pintoresco ropaje,
Y porque su altiva gala
Mas á los ojos halague,
La salpica cou escombros
De castillos y de alcázares.
Un recuerdo es cada piedra
Que toda una historia vale,
Cada colina un secreto
De principes ó galanes.
Aquí se baño la hermosa
Por quien dejó un rey culpable
Amor, fama, reinó y vida
En manos de musulmanes.
Allí recibió Galiana
A su receloso amante
En esa cuesta que entonces
Era un plantel de zahares.
Allá por aquella torre,
Que hicieron puerta los árabes,
Subió el Cid sobre Babieca
Con su gente y su estandarte.
Más léjos se ve el castillo
De San Servando, ó Cervantes,
Donde nada se hizo nunca
Y nada al presente se hace.
A este lado está la almena
Por do sacó vigilante
El conde Don Peranzules
Al rey, que supo una tarde
Fingir tan tenaz modorra,
Que, político y constante,
Tuvo siempre el brazo quedo
Las palmas al horadarle.
Allí está el circo romano,
Gran cifra de un pueblo grande,

Y aquí la antigua Basílica
De bizantinos pilares,
Que oyó en el primer concilio
Las palabras de los Padres
Que velaron por la Iglesia
Perseguida ó vacilante,
La sombra en este momento
Tiende sus turbios cendales
Por todas esas memorias
De las pasadas edades,
Y del Cambren y Visagra,
Los caminos desiguales,
Camino á los Toledanos
Hacia las murallas abren.
Los labradores se acercan
Al fuego de sus hogares,
Cargados con sus aperos,
Cansados de sus afanes.
Los ricos y sedentarios
Se tornan con paso grave,
Calado el ancho sombrero,
Abrochados los gabanés,
Y los clérigos y monjes
Y los prelados y abades
Sacudiendo el leve polvo
De capelos y sayales.
Quédase sólo un mancebo
De impetuosos ademanes,
Que se pasea ocultando
Entre la capa el semblante.
Los que pasan le contemplan
Con decision de evitarle,
Y él contempla á los que pasan
Como si á algúen aguardase.
Los tímidos aceleran

Los pasos al divisarle,
Cual temiendo de seguro
Que les proponga un combate;
Y los valientes miran
Cual si sintieran dejarle
Sin que libres sus estoques
En riña sonosa dancen.
Una mujer tambien solame
Se viene el llano adelante,
La luz del rostro escondida
En tocas y tafetanes.
Mas en lo leve del pasop
Y en lo flexible del talle,
Puede á través de los velos
Una hermosa adivinarse.
Vase derecha al que aguarda,
Y él al encuentro la sale
Diciendo... cuanto se dicen
En las citas los amantes.
Mas ella, galanterias
Dejando severa aparte,
Así al mancebo interrumpe
En voz decisiva y grave:

« Abreviemos de razones,
Diego Martínez; mi padre,
Que un hombre ha entrado en su ausencia
Dentro mi aposento sabe:
Y así quién mancha mi honra,
Con la suya me la lave;
O dadme mano de esposo,
O libre de vos dejadme. »
Miróla Diego Martínez
Atentamente un instante,
Y echando á un lado el embozo

Repuso palabras tales :
• Dentro de un mes, Inés mia,
Parto á la guerra de Flandes ;
Al año estaré de vuelta
Y contigo en los altares.
Honra que yo te desluzca,
Con honra mia se lave,
Que por honra vuelven honra
Hidalgos que en honra nacen,
— Júralo, — exclamó la niña.
— Más que mi palabra vale
No te valdrá un juramento.
— Diego, la palabra es aire.
; Vive Dios que estás tenaz !
Dalo por jurado y baste.
— ; No me basta, que olvidar
Puedes la palabra en Flándes.
— ; Voto á Dios ! ; que más pretendes ?
— Que á los piés de aquella imágen
Lo jures como cristiano
Del santo Cristo delante.
Vaciló un punto Martinez,
Mas porfiando que jurase,
Llevóle Inés hácia el templo
Que en medio la vega yace.
Enclavado en un madero,
En duro y postrero trance,
Ceñida la sien de espinas,
Descolorido el semblante,
Viase allí un crucifijo
Teñido de negra sangre,
A quien Toledo devota
Acude hoy en sus azares.
Ante sus plantas divinas
Llegaron ambos amantes,

Y haciendó Ines que Martinez
Los sagrados piés tocase,
Preguntóle :
— Diego, ¿ juras
A tu vuelta desposarme ?
Contestó al mozo :
— ; Si juro ! —
Y ambos del templo se salen.

III.

Pasó un dia y otro dia,
Un mes y otro mes pasó,
Y un año pasado habia,
Mas de Flándes no volvia
Diego, que á Flándes partió.
Lloraba la bella Ines
Su vuelta aguardando en vano,
Oraba un mes y otro mes
Del crucifijo á los piés
Do puso el galan su mano.
Todas las tardes venia
Despues de traspuesto el sol,
Y á Dios llorando pedia
La vuelta del español,
Y el español no volvia.
Y siempre al anochecer,
Sin dueña y sin escudero,
En un manto una mujer
El campo salia á ver
Al alto del *Miradero*.
; Ay del triste que consume
Su existencia en esperar !
; Ay del triste que presume
Que el duelo con que el se abruma

Al ausente ha de pesar!
La esperanza es de los cielos
Precioso y funesto dón,
Pues los amantes desvelos
Cambian la esperanza en celos,
Pue abrasan el corazón.
Si es cierto lo que se espera,
Es un consuelo en verdad;
Pero siendo una quimera,
En tan frágil realidad
Quien espera desespera.
Así Ines desesperaba
Sin acabar de esperar,
Y su tez se marchitaba,
Y su llanto se secaba
Para volver á brotar:
En vano á su confesor
Pidió remedio ó consejo
Para aliviar su dolor,
Que mal se cura el amor
Con las palabras de un viejo.
En vano á Iban acudia,
Llorosa y desconsolada;
El padre no respondia,
Que la lengua le tenia
Su propia deshonra atada.
Y ambos maldicen su estrella,
Callando el padre severo
Y suspirando la bella,
Porque nació mujer ella,
Y el viejo nació altanero.
Dos años al fin pasaron
En esperar y gemir,
Y las guerras acabaron
Y los de Flándes tornaron

A sus tierras á vivir.
Pasó un dia y otro dia,
Un mes y otro mes pasó,
Y el tercer año corria;
Diego á Flándes se partió,
Mas de Flándes no volvía.
Era una tarde serena,
Doraba el sol de occidente
Del Tajo la vega amena,
Y apoyada en una almena
Miraba Inés la corriente.
Iban las tranquilas olas
Las riberas azotando
Bajo las murallas solas,
Musgo, espigas y amapolas
Ligeramente doblando
Algun olmo que escondido
Creció entre la yerba blanda,
Sobre las aguas tendido
Se reflejaba perdido
En su cristalina banda,
Y algún ruiseñor colgado
Entre su fresca espesura
Daba al aire embalsamado
Su cántico regalado
Desde la enramada oscura,
Y algún pez con cien colores,
Tornasolada la escama,
Saltaba á besar las flores,
Que exhalan gratos olores
A las puntas de una rama.
Y allá en el trémulo fondo
El torreón se dibuja
Como el conterno redondo
Del hueco sombrío y hondo

Que habita nocturna bruja.

Así la niña lloraba

El rigor de su fortuna,

Y así la tarde pasaba

Y al horizonte trepaba

La consoladora luna.

A lo léjos por el llano

En confuso remolino

Vió de hombres tropel lejano

Que en pardo polvo liviano

Dejan envuelta el camino.

Bajó Inés del torreón,

Y llegando recelosa

A las puertas del Cambrón

Sintió latir zozobrasa

Más inquieto el corazón.

Tan galan como altanero

Dejó ver la escasa luz

Por bajo el arco primero

Un hidalgo caballero

En un caballo andaluz.

Jubon negro acuchillado,

Banda azul, lazo en la hombrera,

Y sin pluma al diestro lado

El sombrero derribado

Tocando con la gorguera.

Bombacho gris guarnecido,

Bota de ante espuela de oro.

Hierro al cinto suspendido

Y á una cadena prendido

Agudo cuchillo moro.

Vienen tras este jinete

Sobre potros jerezanos

De lanceros hasta siete,

Y en adarga y coselete

Diez peones castellanos.

Asióse á su estribo Inés

Gritando : — ; Diego, eres tú ! —

Y él viéndola de traves

Dijo — ; Voto á Belcebú,

Que no me acuerdo quién es !

Dió la triste un alarido

Tal respuesta al escuchar,

Y á poco perdió el sentido

Sin que más voz ni gemido

Volviera en tierra á exhalar

Frunciendo ambas á dos cejas.

Encomendóla á su gente,

Diciendo : — ; Malditas viejas

Que á las mozas malamente

Enloquecen con consejas ! —

Y aplicando el capitan

A su potro las espuelas

El rostro á Toledo dan,

Y á trote cruzando van

Las oscuras callejuelas.

IV.

Así por sus altos fines

Dispone y permite el cielo

Que puedan mudar al hombre

Fortuna, poder y tiempo.

A Flándes partió Martínez

De soldado aventurero,

Y por su suerte y hazañas

Allí capitan le hicieron.

Segun alzaba en honores

Alzábase en pensamientos,

Y tanto ayudó en la guerra

Con su valor y altos hechos,
Que el mismo rey á su vuelta
Le armé en Madrid caballero,
Tomándole á su servicio
Por capitán de Lanceros.
Y otro no fué que Martínez,
Quien há poco entró en Toledo,
Tan orgulloso y ufano
Cual salió humilde y pequeño.
Ni es otro á quien se dirige,
Cobrado el conocimiento,
La amorosa Inés de Vargas,
Que vive por él muriendo,
Mas él, que olvidando todo,
Olvidó su nombre mismo,
Puesto que Diego Martínez
Es el capitán Don Diego,
Ni se ablanda á sus caricias,
Ni cura de sus lamentos;
Diciendo que son locuras
De gentes de poco seso,
Que ni él prometió casarse
Ni pensó jamas en ello.
¡ Tanto mudan á los hombres
Fortuna, poder y tiempo!
En vano porflaba Inés
Con amenazas y ruegos;
Cuanto más ella importuna
Está Martínez severo.
Abrazada á sus rodillas
Enmarañado el cabello,
La hermosa niña lloraba
Prosternada por el suelo.
Mas todo empeño es inútil,
Porque el capitán Don Diego

No ha de ser Diego Martínez
Como lo era en otro tiempo.
Y así llamando á su gente,
De amor y piedad ajeno,
Mandóles que á Inés llevarán
De grado ó de valimiento,
Mas ella ántes que la asieran,
Cesando un punto en su duelo,
Así habló, el rostro lloroso
Hácia Martínez volviendo:
« Contigo se fué mi honra,
Conmigo tu juramento;
Pues buenas prendas son ambas,
En buen fiel las pesaremos,
Y la faz descolorida
En la mantilla envolviendo
A pasos desatentados
Salióse del aposento.

Era entónces de Toledo
Por el rey gobernador
El justiciero y valiente
Don Pedro Ruiz de Alarcón,
Muchos años por su patria
El buen viejo peleó;
Cercenado tiene un brazo,
Mas entero el corazón.
La mesa tiene delante,
Los jueces en derredor,
Los corchetes á la puerta
Y en la derecha el bastón.
Está, como presidente
Del tribunal superior,

Entre un dosel y una alfombra
Reclinado en un sillón
Escuchando con paciencia
La casi asmática voz
Con que un tétrico escribano
Solfea una apelación.
Los asistentes hostezan
Al murmullo arrullador,
Los jueces medio dormidos
Hacen pliegues al ropón,
Los escribanos repasan
Sus pergaminos al sol,
Los corchetes á una moza
Guiñan en un corredor,
Y abajo en Zocodover
Gritan en discorde sones
Los que en el mercado venden
Lo vendido y el valor.

Una mujer en tal punto,
En faz de grande aflicción,
Rojos de llorar los ojos,
Ronca de gemir la voz,
Suelto el cabello y el manto,
Tomó plaza en el salón
Diciendo á gritos : — ¡ Justicia,
Jueces, justicia, señor !
Y á los piés se arroja humilde
De Don Pedro de Alarcón,
En tanto que los curiosos
Se agitan al rededor.
Alzóla cortés Don Pedro
Calmando la confusión
Y el tumultuoso murmullo
Que esta escena ocasionó,
Diciendo :

— Mujer, ¿ qué quieres ?
— Quiero justicia, señor.
— ¿ De qué ?
— De una prenda hurtada.
— ¿ Qué prenda ?
— Mi corazón.
— ¿ Tú le diste ?
— Le presté.
— ¿ Y no te le han vuelto ?
— No.
— ¿ Tienes testigos ?
— Ninguno.
— ¿ Y promesa ?
— ¡ Sí, por Dios !
Que al partirse de Toledo
Un juramento empeño.
— ¿ Quién es el ?
— Diego Martínez.
— ¿ Noble ?
— Y capitán, señor.
— Presentadme al capitán,
Que cumplirá si juró. —
Quedó en silencio la sala,
Y á poco en el corredor
Se oyó de botas y espuelas
El acompasado són.
Un portero, levantando
El tapiz, en alta voz
Dijo : — El capitán Don Diego,
Y entró luego en el salón
Diego Martínez, los ojos
Llenos de orgullo y furor.
— ¿ Sois el capitán Don Diego,
Dijole Don Pedro, vos ?
Contestó altivo y sereno

Diego Martínez :

— Yo soy.

— ¿Conoceis á esta muchacha?

— Há tres años, salvo error.

— ¿Hicisteisla juramento

De ser su marido? —

— No.

— ¿Jurais no haberlo jurado?

— Sí juro. —

— Pues id con Dios.

— ¡Miente! — clamó Inés llorando
De despecho y de rubor.

— Mujer, ¡piensa lo que dices!...

— Digo que miente, juró.

— ¿Tienes testigos? —

— Ninguno.

— Capitan, idos con Dios,

Y dispensad que acusado

Dudára de vuestro honor. —

Tornó Martínez la espalda

Con brusca satisfacción,

É Inés, que le vió partirse,

Resuelta y firme grito:

— Llamadle, tengo un testigo

Llamadle otra vez, señor. —

Volvió el capitan Don Diego,

Sentóse Ruiz de Alarcon,

La multitud aquietóse

Y la de Vargas siguió:

— Tengo un testigo á quien nunca

Faltó verdad ni razon. —

— ¿Quién?

— Un hombre que de léjos

Nuestras palabras oyó.

Mirádonos desde arriba.

— ¿Estaba en algun balcon?

— No, que estaba en un suplicio

Donde há tiempo que espiró.

— ¿Luego es muerto?

— No, que vive.

— Estais loca, ¡vive Dios!

¿Quién fué?

— El Cristo de la Vega,

A cuya faz perjuro. —

Pusiéronse en pié los jueces,

Al nombre del Redentor.

Escuchando con asombro

Tan excelsa apelacion.

Reinó un profundo silencio

De sorpresa y de pavor.

Y Diego bajó los ojos

De vergüenza y confusion.

Un instante con los jueces

Don Pedro en secreto habló,

Y levantóse diciendo

Con respetuosa voz:

« La ley es ley para todos.

Tu testigo es el mejor,

Mas para tales testigos

No hay más tribunal que Dios.

Harémos... lo que sepamos;

Escribano, al caer el sol

Al Cristo que está en la Vega

Tomaréis declaracion. »

VI.

Es una tarde serena,

Cuya luz tornásolelada

Del purpurino horizonte

Blandamente se derrama.
Plácido aroma las flores
Sus hojas plegando exhalan,
Y el céfiro entre perfumes
Mece las trémulas alas.

Brillan abajo en el valle
Con suave rumor las aguas,
Y las aves en la orilla
Despidiendo al día cantan.

Allá por el *miradero*
Por el Cambron y Visagra
Confuso tropel de gente
Del Tajo á la vega baja.
Vienen delante Don Pedro
De Alarcón, Iban de Vargas,
Su hija Inés, los escribanos,
Los corchetes y los guardias;
Y detrás monjes, hidalgos,
Mozas, chicos y canalla.
Otra turba de curiosos
En la vega les aguarda,
Cada cual comentariando
El caso según le cuadra.
Entre ellos está Martínez
En apostura bizarra,
Calzadas espuelas de oro,
Valona de encaje blanca,
Bigote á la borgoñesa,
Melena desmelenada,
El sombrero guarnecido
Con cuatro lazos de plata,
Un pié delante del otro,
Y el puño en el de la espada.
Los plebeyos de reojo
Le miran de entre las capas,

Los chicos al uniforme
Y las mozas á la cara:
Llegado el gobernador
Y gente que le acompaña,
Entraron todos al claustro
Que iglesia y patio separa.
Encendieron ante el Cristo
Cuatro cirios y una lámpara,
Y de hinojos un momento
Le rezaron en voz baja.

Está el Cristo de la Vega
La cruz en tierra posada,
Los piés alzados del suelo
Poco menos de una vara;
Hacia la severa imágen
Un notario se adelanta,
De modo que con el rostro
Al pecho santo llegaba.
A un lado tieno á Martínez,
A otro lado á Inés de Vargas,
Detrás al gobernador
Con sus jueces y sus guardias.
Después de leer dos veces
La acusacion entablada,
El notario á Jesucristo
Así demandó en voz alta:
— « *Jesus, Hijo de Maria,*
» *Ante nos esta mañana*
» *Citado como testigo*
» *Por boca de Inés de Vargas,*
» *¿Jurais ser cierto que un día*
» *A vuestras divinos plantas*
» *Juró a Inés Diego Martínez*
» *Por su mujer desposarla ?* »
Asida á un brazo desnudo

Una mano altarezada
Vino á posar en los autos
La seca y hendida palma,
Y allá en los aires . . . ¡Si Juro!
Clamó una, vos más que humana.
Alzó la turba medrosa
La vista á la imagen santa...
Los labios tenía abiertos,
Y una mano desclavada.

CONCLUSION.

Las vanidades del mundo
Renunció allí mismo Inés,
Y espantado de sí propio
Diego Martinez tambien.
Los escribanos temblando
Dieron de esta escena fe,
Firmando como testigos
Cuantos hubieron poder.
Fundóse un aniversario
Y una capilla con él,
Y Don Pedro de Alarcon
El altar ordenó hacer,
Donde hasta el tiempo que corre,
Y en cada año una vez,
Con la mano desclavada
El crucifijo se ve.

PARA VERDADES EL TIEMPO

PARA JUSTICIA DIOS.

TRADICION.

Juan Ruiz y Pedro Medina,
Dos hidalgos sin blason,
Tan uno del otro son
Cual de una zarza una espina.

Diz que Pedro salvó á Juan
La vida en lance sangriento;
Prendas de tanto momento
Amigos por cierto dan.

Pasan ambos por valientes
Y mañeros en la lid,
Y lo han probado en Madrid
En apuros diferentes.

Ambos pasan por iguales
En valor y en osadia
Pero en fama de hidalguia
No son lo mismo cabales.

Que es Juan Ruiz hombre iracundo,
Silencioso por demas,
Que no alzó noble jamas
El gesto meditabundo.

Ancha espalda, corto cuello,